

**Poemas de *Canción de cuna*,
de W.H. Auden**

Gracias, Niebla

Acostumbrado al tiempo de Nueva York,
familiarizado más que de sobras con el *smog*,
a ti, su inmaculada Hermana,
te había olvidado y lo que
traes a los inviernos británicos:
ahora regresa el conocimiento innato.

Enemiga acérrima de la premura,
desalientas a conductores y aviones,
los que vuelan, claro, te maldecirán,
pero cómo me alegra
que hayas consentido en visitar
la hechizada campiña de Wiltshire
durante una semana entera en Navidades,
que nadie pueda escabullirse hasta donde
mi cosmos se ha contraído
en una antiquísima casa solariega
y cuatro Yoes, unidos por la amistad,
Jimmy, Tania, Sonia, Yo.

Fuera, un silencio informe,
pues incluso esos pájaros cuya sangre
es lo bastante briosa como para permitirles
morar aquí el año entero,
como el mirlo y el tordo,

ante tu estribillo zalamero
sus jocosas interjecciones
ningún gallo considera grito,
apenas visibles, las copas de los árboles
no susurran sino que permanecen ahí,
condensando tan eficientemente
tu humedad en gotas inequívocas.

Dentro, los espacios específicos,
acogedores, se acomodan a
la reminiscencia y la lectura,
crucigramas, afinidades, diversión:
rehechos con una cena
suculenta y regalados con vino,
nos sentamos en un alegre círculo,
cada uno inconsciente de sí
mismo pero atento a los demás,
sacándole todo el partido, porque
pronto tendremos que reincorporarnos,
cuando los días indulgentes hayan pasado,
al mundo del trabajo y el dinero
procurando andarnos con sumo cuidado.

No habrá sol de verano que
desmantele la penumbra global
proyectada por la Prensa Diaria,
vomitando con prosa descuidada
los datos de obscenidad y violencia
que somos demasiado bobos para prevenir:
nuestra tierra es un triste lugar, pero

durante este ínterin especial,
tan tranquila y al tiempo tan festiva,
Gracias, Gracias, Gracias, Niebla.

Mayo de 1973

España, 1937

Ayer todo el pasado. El lenguaje de la magnitud
se propaga hasta China por las rutas comerciales; la
difusión
del ábaco y el crómlech;
ayer el barrunto de la sombra en los climas soleados.

Ayer la valoración de seguros con credenciales,
la hidromancia; ayer la invención
de ruedas de carro y relojes, la doma de
caballos. Ayer el afanoso mundo de los navegantes.

Ayer la abolición de hadas y gigantes,
la fortaleza como un águila inmóvil escrutando el valle.
La capilla construida en el bosque;
ayer la talla de ángeles y amedrentadoras gárgolas.

El enjuiciamiento de herejes entre las columnas de
piedra;
ayer las disputas teológicas en las tabernas
y la curación milagrosa en la fuente;
ayer el aquelarre; pero hoy la lucha.

Ayer la instalación de dinamos y turbinas,
la construcción de vías férreas en el desierto colonial;
ayer el sermón clásico
sobre el origen de la Humanidad. Pero hoy la lucha.

Ayer la creencia en el valor absoluto de Grecia,
la caída del telón a la muerte de un héroe;
ayer la oración a la puesta de sol
y la adoración de locos. Pero hoy la lucha.

Mientras el poeta susurra, espantado entre los pinos,
o donde la cascada libre canta concisa, o erguido
sobre el risco junto a la torre inclinada:
«Oh, mi visión. Oh, concédeme la suerte del marinero».

Y el investigador escudriña con sus instrumentos
las provincias inhumanas, los viriles bacilos
o el enorme Júpiter acabado:
«Pero las vidas de mis amigos. Indago. Indago».

Y los pobres en sus alojamientos sin fuego, dejando las
hojas
del periódico vespertino: «Nuestro día es nuestra derrota,
oh, enséñanos
Historia al operador, al
organizador, Tiempo al río que refresca».

Y las naciones combinan cada grito, invocando la vida
que conforma el vientre individual y ordena
el terror nocturno particular:

«¿No encontraste la ciudad estado de la esponja,

levantaste los inmensos imperios militares del tiburón
y el tigre, estableciste el valeroso cantón del petirrojo?
Interviene. Oh, desciende cual paloma
o furioso papá o afable ingeniero, pero desciende».

Y la vida, si lo responde todo, replica desde el corazón
y los ojos y los pulmones, desde las tiendas y las plazas
de la ciudad:

«Oh, no, no soy el promotor;
hoy no; no para ti. Para ti, soy el

que te sigue la corriente, el compañero de barra, el
crédulo;

soy aquello que tú hagas. Soy tu promesa de ser
bueno, tu historia graciosa.

Soy tu voz profesional. Soy tu matrimonio.

«¿Qué propones? ¿Construir la ciudad justa? Lo haré.
Accedo. ¿O es el pacto de suicidio, la muerte
romántica? Muy bien, acepto, pues
soy tu elección, tu decisión. Sí, soy España».

Muchos lo han oído en remotas penínsulas,
en llanuras soñolientas, en las islas del pescador
aberrante
o en el corazón corrupto de la ciudad,
lo han oído y han migrado cual gaviotas o las semillas de
una flor.

Se aferraron como erizos a los largos expresos que iban
dando tumbos
por las tierras injustas, a través de la noche, a través del
túnel alpino;
flotaron en los océanos;
cruzaron los pasos. Vinieron a entregar sus vidas.

En aquella árida plaza, aquel fragmento desgajado de la
calurosa
África, tan burdamente soldado a la ingeniosa Europa;
en aquella meseta por ríos surcada,
nuestros pensamientos tienen cuerpo; las sombras
amenazadoras de nuestra fiebre

son precisas y tienen vida. Pues los miedos que nos
hicieron responder
al anuncio de medicina y el folleto de cruceros de
invierno
se han convertido en batallones invasores;
y nuestras caras, la cara de instituto, la cadena
comercial, la ruina

proyectan su codicia en forma de pelotón de fusilamiento
y bomba.

Madrid es el corazón. Nuestros instantes de ternura
florecen
como la ambulancia y el saco de arena;
nuestros momentos de amistad en un ejército del pueblo.

Mañana, quizás el futuro. La investigación sobre la
fatiga
y los movimientos de empacadores; la exploración
gradual de todas las
octavas de radiación;
mañana la expansión de la conciencia a fuerza de dieta y
respiración.

Mañana el redescubrimiento del amor romántico,
el fotografiar cuervos; toda la diversión bajo
la autoritaria sombra de la libertad;
mañana los momentos del organizador de desfiles y el
músico,

el hermoso fragor del coro bajo la cúpula;
mañana el cruce de consejos sobre la cría de terriers,
la entusiasta elección de presidentes
por el súbito bosque de manos. Pero hoy la lucha.

Mañana que los jóvenes poetas exploten cual bombas,
los paseos junto al lago, las semanas de perfecta
comuni3n;
mañana las carreras de bicicletas
por las afueras en tardes de verano. Pero hoy la lucha.

Hoy el deliberado incremento del riesgo de muerte,
aceptar conscientemente la culpa en el asesinato
necesario;
hoy el derroche de energa
en el panfleto flojo y efmero y la aburrida reuni3n.

Hoy el consuelo improvisado: el pitillo compartido,
las cartas en el granero a la luz de la vela, y el concierto
escabroso,
las bromas masculinas; hoy el
abrazo torpe e insatisfactorio antes de la herida.

Las estrellas están muertas. Los animales no quieren
mirar.

Nos hemos quedado a solas con nuestro día, y el tiempo
es breve y
a los vencidos la Historia
puede ofrecer piedad pero no ayuda ni perdón.

Abril de 1937